

La pérgola de las flores:

Aceptable versión

PEDRO LABRA H.

Tras el malogrado remozamiento que le impuso Andrés Pérez en 1996, vuelve "La pérgola...", el segundo montaje en 42 años no dirigido por Eugenio Guzmán. La única comedia musical chilena regresa al cauce tradicional que la convirtió en un clásico y en la obra nacional más vista (hasta "La negra Ester"). Es lo que se esperaba de la conducción de Carmen Barros.

Igual que la de Pérez, esta versión se pensó como un espectáculo masivo, ahora al aire libre. Eso implica ocupar un escenario de grandes dimensiones, llegar a espectadores muy distantes y, sobre todo, usar un sistema de amplificación con sus consiguientes dificultades expresivas. Se preparó también en un lapso insuficiente, apenas un mes de ensayos.

Dados estos riesgos, la compleja envergadura resulta aceptablemente armada y cumple con su objetivo. El estreno del domingo 8 tuvo numerosos problemas de sonido y desintelligen-

cias entre orquesta y cantantes, que se pueden superar. Tarea más delicada sería lograr que la puesta se viera menos tiesa, con más brillo y ritmo. El interés se sustentó claramente en la arrolladora chispa popular y encanto naif del texto de Isidora Aguirre.

La mayor parte del elenco, nuevo en sus roles, pareció luchar con la sombra del modelo canónico de su personaje, y varias figuras salieron perdiendo. Amaya Forch (Carmela) y Douglas, en su debut como Tomasi, fueron lejos las voces más sólidas en el canto. ¿Valía la pena que Andrea Tessa esperara tanto para hacer sólo dos estrofas de las "Tonadas de medianoche"?

Faltaron acciones físicas para mantener vivos a los personajes en segundo plano. El único momento en que el escenario se vio lleno y vibrante, fue en el charleston de la kermesse. No ayudan la pobre escenografía; la iluminación, incapaz de crear atmósferas, y el vestuario feo e inadecuado de Luciano Bráncoli, quien definitivamente no es un diseñador para teatro.